
HARLEQUIN
Deseo
Símbolo de amor
Day Leclaire



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Símbolo de amor, n.º 5561 - marzo 2017
Título original: The Royal Affair
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

I.S.B.N.:978-84-687-9357-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho

Capítulo Uno

No había visto un anillo como ése en toda su vida. El oro viejo de la banda resplandecía bajo las luces, pero lo que más cautivó a Diandra fueron las piedras preciosas.

La sortija tenía varias amatistas procedentes de su tierra natal, Verdonia, muy conocida en todo el mundo por sus exquisitas gemas. Se trataba de las amatistas Celestia, que llevaban el nombre de uno de los principados de Verdonia.

En medio de dos de estas piedras preciosas relucía un diamante rosa. Diandra no había visto rareza semejante en toda su vida.

El anillo le encajaba perfectamente, como si se lo hubieran hecho a medida.

Diandra trató de apartar la vista de aquella joya y miró a su primo, el príncipe Merrick Montgomery.

–No… no lo entiendo –le dijo. ¿De dónde salió esto?

–Mi padre me pidió que te lo diera. Creo que quería dártelo cuando regresaras a Verdonia –levantó la mano de Diandra hacia la luz–. Es preciosa.

–¿Pero por qué querría el rey Stefan…?

–No me dijo de dónde venía, ni tampoco por qué debía dártelo –Merrick frunció el ceño–. No se siente bien. Si no, se lo preguntaría.

Ella sacudió la cabeza.

–No. No. No lo molestes.

–Me dijo que lo ha guardado para ti durante mucho tiempo, y a decir…

–¿Decirme qué?

Merrick esbozó una sonrisa.

–Que este anillo hace realidad los deseos de su dueño.

Diandra contempló la sortija una vez más.

La luz se refractaba en miles de destellos dentro de aquel prisma perfecto.

–¿Crees que…? –dijo emocionada–. ¿Crees que este anillo pertenecía a mi madre?

–Creo que es posible.

–Oh, Merrick. Por fin tengo algo que era de mi madre, que me conecta con ella para siempre… –los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ese regalo no podía haber llegado en mejor momento. Quizá el anillo la llevaría hasta las pruebas que necesitaba para desmentir las injurias del libro que Henny, su institutriz de la infancia, estaba escribiendo sobre la familia real. Todo lo que tenía que hacer era interpretar su significado.

–No me extraña que lo haya guardado hasta encontrar el momento adecuado para dármelo. Después de todo, papá era su hermano menor. Eso es algo que un hermano haría por otro. ¿No?

–Claro que sí –Merrick volvió a mirar la joya–. Me preguntó qué secretos encerrará. Parece tan antiguo…

–Me encantaría averiguarlo. A lo mejor el rey Stefan… –su emoción se apagó–. ¿Podrías preguntarle sobre el origen del anillo cuando mejore?

–Le pregunté. Lo siento, Diandra, pero me parece que tendrás que encontrar las respuestas por ti misma.

Un torrente de desesperación recorrió el cuerpo de Diandra. Había una pregunta que siempre había querido hacerle a su madre, una pregunta cuya respuesta podría estar ante sus ojos.

–Tiene que haber una manera –agarró a Merrick del brazo–. Tú eres el máximo representante de la guardia real de Verdonia. Tienes que tener a alguien especializado en este tipo de trabajo… Investigación e identificación… En el museo donde trabajé había algunos expertos en ese tema.

Merrick titubeó y ella insistió.

–Hay alguien. Lo sé por cómo me miras. ¿Quién es?

–No creo que quieras volver a verlo.

–No querrás decir… Es Jonah Tolken. ¿No?

–Es el mejor en su trabajo. Un encargo como éste no le supondría ningún problema. No con sus contactos.

Ella empezó a sacudir la cabeza sin dejarlo terminar.

–No puedo. No puedo volver a verlo.

–Tendrás que hacerlo en algún momento.

Pero aún no era el momento; no hasta que reuniera el valor suficiente para enfrentarse a él después de aquella noche desastrosa.

–Jonah trabaja para ti, ¿no?

Merrick sacudió la cabeza.

–Está a cargo de la guardia personal del príncipe Brandt. Dimitió de la guardia real poco después de marcharte tú.

Diandra sabía que aquello no era verdad.

–No te molestes en hacerlo parecer lo que no es. Yo no me fui. Huí. ¿Estás seguro de que no hay nadie más? Seguro que algún empleado tuyo puede ayudarme con las pesquisas.

–Tolken es el mejor –la voz de Merrick estaba llena de compasión–. Te aconsejo que lo superes de una vez. El cumpleaños de papá será muy pronto. Seguro que Tolken viene al baile. No puedes evitarlo para siempre. Si puedes acercarte a él por lo del anillo, también puedes enfrentarte a él en privado. Enfréntate a ello de una vez, Diandra, y deja atrás el pasado.

Aunque quisiera hacer oídos sordos a los consejos de Merrick, Diandra sabía que tenía razón.

–¿Jonah está en Avernos?

–Está en el palacio de von Folke. Y una cosa más… –la expresión de Merrick se tornó sombría–. Que no sepa que vas.

–¿Tan mal están las cosas?

–Peor.

Diandra se pasó una semana valorando la posibilidad de hablar con Jonah y, mientras tanto, aprovechó para hacer sus propias averiguaciones. No obstante, después de llegar a un punto muerto, se dio por vencida. Era hora de afrontar los hechos. Si quería descubrir la verdad que encerraba el anillo del rey Stefan, tenía que buscar ayuda y Jonah era su mejor opción.

Diandra se rindió ante lo inevitable, hizo las maletas y se fue al norte.

En cuanto llegó al palacio, pidió ver a Jonah. Le llevó media hora salvar todas las medidas de seguridad, pero finalmente se entrevistó con la secretaria del príncipe Brandt, quien la hizo esperar en un estudio privado.

Era una habitación muy agradable, llena de estanterías de libros que revelaban los eclécticos gustos literarios de su dueño. Todos los muebles eran auténticas antigüedades que en otras circunstancias la habrían llenado de alegría, pero en ese momento, lo único en que

podía pensar era en Jonah. ¿Cómo reaccionaría cuando la volviera a ver?

Habían pasado cinco largos años, pero sus sentimientos por él no habían cambiado. ¿Acaso habían cambiado los de él?

Diez minutos más tarde, Jonah entró en la habitación. Diandra se dio cuenta de que había cambiado mucho. Siempre había sido un hombre robusto, alto y sobrio, muy parecido a su primo, el príncipe Brandt. Pero el paso del tiempo había endurecido sus rasgos. Su frialdad se hacía evidente en aquella mirada distante e impenetrable, y también en la rigidez de la mandíbula. ¿Era ése el hombre con el que había estado a punto de casarse? Parecía imposible…

Jonah fue el primero en romper el silencio. Cerró la puerta con decisión y se acercó a ella. Diandra apretó las rodillas para no dar un paso atrás ante aquel hombre.

Ése había sido un gesto deliberado, diseñado para intimidarla, y Jonah no se detuvo hasta tenerla delante y desafiarla con su imponencia física.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí, Diandra? –le preguntó.

Capítulo Dos

Jonah Tolken no podía creerse que Diandra Montgomery hubiera venido en su busca. Nunca la habría creído capaz de regresar a Verdonia, y mucho menos de seguirle la pista hasta el palacio del príncipe Brandt von Folke. A lo mejor no se habría molestado en volver de no haber sido por la nueva biografía no autorizada que estaba a punto de ver la luz. Con sólo una mirada supo que la mujer que lo esperaba en el estudio era Diandra, la mujer que había prometido ser su esposa.

La mujer que lo había abandonado sin explicación…

Ella había cambiado. La última vez que la había visto sólo tenía dieciocho años y entonces su cuerpo aún mostraba la suavidad y lozanía de la adolescencia. Sin embargo, aquellos cinco años la habían convertido en una de las mujeres más hermosas que había visto jamás.

Tenía la misma melena leonada de sus primos, los príncipes Merrick y Lander. El rubio radiante de su cabello evocaba la arena del desierto, el ámbar… Sus ojos color avellana, que a veces se tornaban verdes, brillaban de emoción e incertidumbre, y dejaban ver lo vulnerable que era en el fondo.

Y Jonah iba a aprovecharse de eso. Nunca volvería a engañarlo, y mucho menos a humillarlo.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí, Diandra?

Estaba tan cerca que podía ver cómo latían las venas de su cuello delicado, pero también podía oler aquel aroma embriagador y acariciar su piel de terciopelo con la mirada.

–Vine a pedirte un favor.

–Estás de broma –Jonah se echó a reír.

Ella trató de no perder la calma y levantó una mano en son de paz.

–Necesito que me ayudes a averiguar algo acerca de un anillo. Creo que era de mi madre. Por favor, Jonah. Merrick me dijo que eras el mejor. Necesito algunas respuestas antes de que el libro de

Henny salga a la luz. Se trata de mi pasado, de mis padres.

Él miró el anillo y lo reconoció al momento.Necesitaba pensar, así que empezó a caminar por la habitación.

–Por curiosidad, ¿por qué debería ayudarte? –le dijo mirándola fijamente–. Creía que sería la última persona a la que pedirías ayuda.

–Y así es. Eso demuestra que estoy desesperada.

Quizá podría utilizar esa desesperación en su propio beneficio, pero tendría que seguir su propio instinto.

–Creía que habías pasado los últimos cinco años en Estados Unidos –ladeó la cabeza–. La Universidad de Columbia, ¿no?

Aquel comentario surtió efecto. Diandra se puso tensa y contestó con brusquedad.

–Era Barnard. Pasé tres años allí y me quemé las pestañas para conseguir la licenciatura en Historia del Arte. He trabajado en el Museo Metropolitano de Nueva York desde que me gradué.

–Yo creo que puedes arreglártelas tú sola.

–Lo he intentado –dijo llena de frustración–. Pero no hice más que llegar a puntos muertos. Si el anillo pertenecía a mi madre, era por parte de los Montgomery y debería haber algo sobre él. Pero no. No lo entiendo.

Jonah sí que lo entendía. Pero ¿qué estaba dispuesto a hacer al respecto? Tenía dos opciones: podría negarse y hacerla irse por donde había venido o… aceptar el encargo y pasar los próximos días con ella. Por lo menos esa alternativa le daría la oportunidad de terminar lo que había empezado muchos años atrás.

–Puedo ayudarte –dijo finalmente–. Pero no quiero.

Ella levantó la barbilla y lo miró con chispas en los ojos.

–¿Quieres que me disculpe por lo que hice hace cinco años? Bien. Me disculpo.

–Qué correcto –dijo él con ironía–. Qué amable.

Las mejillas de Diandra se ruborizaron.

–Dame un respiro, Jonah. Tenía dieciocho años. Nuestro matrimonio no habría sido más que un contrato de negocios, como el matrimonio de mis padres.

Lo que Henny estaba amenazando con sacar a la luz era la antigua relación de sus padres antes de casarse. Diandra estaba intentando evitar que todos descubrieran que sus padres se odiaban.

–Eso no te lo crees ni tú –prosiguió Jonah.

–¿Por qué no? Nuestro compromiso fue fijado por nuestras familias cuando yo llevaba pañales. Me pasé toda la vida resignada a lo inevitable, pero un día me desperté y me di cuenta de que no quería casarme por conveniencia. Quería casarme por amor, y no para zanjar disputas entre dos principados que llevaban siglos enfrentados. Tomé la decisión más fácil, y escapé.

–La noche que íbamos a anunciar el compromiso –le recordó Jonah–. Yo estaba listo para dar la gran noticia, pero mi futura esposa había desaparecido. ¿Tienes idea de cómo me sentí?

–Lo siento.

Jonah percibió cierta compasión en su voz, y por alguna razón aquello despertó una ira profunda que nunca se había creído capaz de sentir.

–¿Y qué pasa con el honor, Diandra? ¿El deber y la responsabilidad? ¿Y qué pasa con tus promesas?

–¿Tenía que sacrificarme en aras de la paz entre Montgomery y von Folke? –se puso las manos en las caderas–. Yo esperaba un matrimonio por amor, pero me encontré con uno de estado.

–¿De estado? ¿Eso te pareció nuestra última noche juntos?

–Si no recuerdo mal, dijiste que era un error.

–¿Tendría que haberme aprovechado de tu oferta? ¿Qué clase de hombre crees que era?

–Un hombre apasionado.

El ataque de Diandra lo hizo montar en cólera y la agarró con fuerza, sin dejarle escapatoria.

–¿Dudas de mi habilidad para ser apasionado?

A ella se le aceleró el pulso y lo miró con aquellos ojos verdes.

–Suéltame, Jonah.

–Eso ya lo hice una vez, y te marchaste. Pero yo no te busqué. Te di todo el tiempo del mundo para crecer –la miró de arriba abajo–. Y lo has hecho, ¿no?

–Para, Jonah.

–Tú elegiste volver. Venir hasta aquí fue cosa tuya. No me culpes por aprovecharme de tu error.

–Volví para pedirte ayuda con lo del anillo de mi madre.

–Y yo te ayudaré… Pero todo tiene un precio.

Una profunda inquietud se apoderó de Diandra.

–¿Qué quieres decir?¿Qué precio?

–No será más de lo que estés dispuesta a darme. Por lo menos… no más de lo que estabas dispuesta a darme aquella noche –Jonah hundió las manos en su copiosa melena–. Si quieres que averigüe la verdad que esconde el anillo, tendrás que pasar una noche conmigo.

Capítulo Tres

Diandra se quedó de piedra. Jonah no podía estar hablando en serio.

Pero no parecía tener intención de soltarla y no dejaba de clavarle la mirada. Aquellos ojos no tenían nada que ver con el Jonah que ella recordaba. Eran dos hombres completamente distintos. Aquellos ojos de ébano solían albergar una profunda dulzura y sutileza, pero todo lo que había en ese momento era una frialdad despiadada.

Ella se había ofrecido a aquel hombre unos años atrás. Todo había ocurrido la noche del baile de compromiso. En aquella ocasión se había arrojado a sus brazos con desesperación, para convencerse de que el matrimonio era algo más que un arreglo de conveniencia. Entonces él la deseaba tanto…

Por lo menos eso era lo que creía Diandra hasta que él rechazó su torpe insinuación. ¿Por qué había hecho eso? Ella nunca había logrado entenderlo y él se había negado a darle una explicación.

Su rechazo la había hecho escapar.

Diandra deslizó las manos por aquellos brazos poderosos hasta rodearle las muñecas.

–¿Qué estás haciendo, Jonah? –dijo con suavidad–. ¿Estás decidido a vengarte?

–Tú me ofreciste algo hace cinco años, algo que he deseado desde entonces. De un modo u otro, voy a conseguirlo.

–Y a cambio de una noche en tu cama, ¿vas a averiguar de dónde proviene este anillo?

El diamante rosa y las amatistas lanzaron un destello en la penumbra. Aquel símbolo de amor no tenía nada que ver con las emociones que ambos sentían en ese momento.

–Sí –él levantó una ceja–. ¿Estás de acuerdo, princesa?

Su sonrisa demostraba que no esperaba una respuesta afirmativa por parte de ella. Pero Diandra estaba desesperada. Estaba en juego la reputación de sus padres y la verdad sobre su matrimonio.

Y sin embargo, en lo profundo de su ser sentía cierta curiosidad por descubrir cómo hubiera sido haber pasado los últimos cinco años haciendo el amor con ese hombre.

Diandra ahuyentó aquellos pensamientos. Encontrar respuestas era lo más importante para ella. Tenía que desmentir cualquier calumnia de la institutriz, y además necesitaba descifrar el misterio en torno a la relación de sus padres. Valdría la pena sacrificarse.

–De acuerdo –contestó sin pensárselo demasiado–. Me acostaré contigo.

Diandra lo había tomado por sorpresa, pero aquella incertidumbre sólo duró un instante. Jonah se recuperó inmediatamente y esbozó una cruel sonrisa que la hizo estremecerse de pies a cabeza.

–En ese caso, quiero un adelanto.

–¿Qué clase de adelanto?

–Esto.

–Jonah se inclinó hacia ella y le dio un beso.

El sabor de aquellos labios recorrió todo su cuerpo y le hizo perder la razón. Aún recordaba aquella sensación. Antes estaba indefensa ante la avalancha de deseo que despertaban sus caricias, pero las cosas habían cambiado. Esos cinco años le habían enseñado mucho.

La joven palpó aquellos brazos hasta llegar a su pecho fornido. Era maravilloso volver a perderse en su abrazo… volver a fundir sus labios con los de él.

Siempre había sido así. La conexión entre ellos iba más allá de lo puramente físico.

Y así, Diandra sucumbió a sus caricias y se dejó llevar en un «tira y afloja» de pasión, rindiéndose al juego del amor. Si él no se hubiera apartado, Diandra no habría sido capaz de hacerlo.

Entonces lo miró fijamente, haciendo acopio de toda la entereza de que era capaz.

–Supongo que basta con eso.

–Por ahora –él la miró con picardía–. ¿Por qué es esto tan importante para ti, Diandra? Estás haciendo un sacrificio muy grande por este anillo.

–No es un simple anillo. Te lo dije. Estoy casi segura de que perteneció a mi madre.

Por un instante, su expresión se tornó suave. Aquella mirada la hizo retroceder en el tiempo.

–Sé que murieron cuando tenías dos años. ¿Pero por qué es tan importante este anillo? Seguro que hay otras reliquias de familia. ¿Por qué estás interesada en ésta en concreto?

–Yo esperaba que… –Diandra se humedeció los labios–. Espero que me ayude a averiguar cómo era su relación.

Jonah la miró fijamente.

–Estoy seguro de que el rey Stefan te diría todo lo que necesitas saber sobre ellos. No tienes que llegar a esto.

–Te equivocas. Hay una razón…

Por suerte, Jonah no insistió más.

–El príncipe Brandt te invita a quedarte todo el tiempo que quieras. Te enseñaré tu habitación. A primera hora de la mañana nos pondremos en marcha.

Diandra sintió un gran alivio. Sentía que estaba muy cerca de la verdad.

–Estaré lista.

A la mañana siguiente fueron a la casa del joyero, una pequeña mansión al abrigo de un bosque de coníferas. Un anciano llamado Albert los condujo a un acogedor estudio.

El calor del hogar mantenía a raya los vestigios del invierno a comienzos de primavera. El joyero les preparó una taza de té y los entretuvo un rato hablándoles de aquellos para los que había trabajado, de las joyas que había diseñado para la Casa Real…

Al final, tomó la mano de Diandra.

–¿Puedo ver el anillo? –le preguntó, y se tomó su tiempo para examinar la pieza con una lupa.

Entonces sacudió la cabeza.

–Este anillo no es mío. Puedo darle más detalles, si lo desea.

–Por favor, cualquier información es bienvenida.

El anciano miró a Jonah con disimulo y asintió fugazmente, en reconocimiento de la conversación que habían mantenido el día anterior. Aunque Albert conocía el origen de la joya, no iba a revelarlo ante Diandra. Tan sólo le daría información general.

–Este estilo recibe el nombre de *El Abrazo de los Amantes.* Es original de Verdonia y se hizo muy popular hace un siglo. Hoy en día, no se ve mucho, pero aún hay parejas que lo piden –dejó la

lupa a un lado y la miró sonriente–. Este anillo es sólo la mitad.

Diandra se le quedó mirando sorprendida.

–No entiendo.

–*El Abrazo de los Amantes* se compone de dos anillos que encajan en uno solo. Como bien sabrá, todos los anillos de Verdonia tienen un significado. Las gemas cuentan una historia.

–¿Qué historia cuenta este anillo?

–Es difícil de saber. El diamante rosa es el más raro de todos. Sin duda éste es de Argyle, Australia. El color es demasiado intenso para ser de otra parte. Está rodeado de dos amatistas Celestia. Supongo que sabe que esas amatistas simbolizan un compromiso, así que este anillo podría simbolizar un compromiso eterno, tan raro como el diamante.

–El… el matrimonio de mis padres fue de conveniencia –ella esperaba que aquellas piedras le dijeran algo más–. ¿Hay alguna otra posibilidad?

Albert la miró con compasión.

–También podría simbolizar un amor eterno que nació de un compromiso –sacudió la cabeza–. Sin la otra mitad es imposible saberlo. A no ser que…

Diandra se quedó petrificada.

–¿A no ser que…?

–A no ser que haya una inscripción.

–¿Una inscripción? Ni siquiera se me había ocurrido –se quitó el anillo y lo puso bajo la luz, pero no fue capaz de ver nada–. Me tiemblan las manos y no veo nada.

Albert miró a Jonah.

–Mi vista ya no es lo que era. Quizá Jonah pueda ver algo.

–Con el corazón en vilo, Diandra le entregó el anillo a Jonah.

–¿Qué dice?

Capítulo Cuatro

Jonah tomó el anillo de las manos de Diandra. Ella lo miraba con la esperanza del que busca respuestas.

¿Sus padres se habían casado por deber… o por amor?

Él había oído que su matrimonio había sido un mero acuerdo político, muy similar al suyo con Diandra cinco años antes. ¿Qué importaba si su relación había terminado convirtiéndose en amor?

La luz de la mañana se colaba por las ventanas e inundaba toda la estancia. Jonah orientó el anillo hacia los rayos del sol.

La inscripción podría darles alguna pista, pero Jonah sabía que sería tan ambiguo como todo lo que habían averiguado hasta ese momento.

–Dice… «un compromiso duradero».

–¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que dice? –preguntó Diandra, ansiosa.

–Lo siento, princesa. Eso es todo.

–Yo esperaba que… –sin terminar la frase se puso en pie y fue hacia Albert.

–Muchas gracias por su ayuda. Se lo agradezco muchísimo.

El anciano se puso de pie y le hizo una reverencia.

–Es un placer, Su Alteza. Siento no haber podido serle útil.

De ahí se dirigieron al palacio del príncipe von Folke. A unos pocos kilómetros del portón de entrada, Jonah tomó un camino secundario y se detuvo delante de una casa de campo.

–¿Qué es este lugar?

–Es mi casa –sin más salió del coche y le abrió la portezuela del pasajero–. Tenemos que hablar.

–No hay nada de que hablar a menos que sea del anillo.

Jonah no le contestó hasta entrar en la casa. Entonces se dio la vuelta y la miró de frente.

–Quiero saber por qué estás tan obsesionada con el anillo. ¿Por qué este anillo en particular? ¿Y por qué ahora? Vamos, princesa. Es hora de ser honestos. Me lo debes.

Ella cerró los ojos y asintió.

–Tienes razón. Lo cierto es que mi antigua institutriz me vino a ver en Nueva York. Henny está escribiendo una biografía de mis padres. Me dijo... –la voz se Diandra se quebró durante un instante–. Me dijo que el matrimonio de mis padres había sido un acuerdo político y que en realidad se odiaban. Afirma que estaban a punto de divorciarse cuando tuvieron el accidente.

–Pero tú no crees eso, ¿verdad?

Diandra sacudió la cabeza.

–Henny ya me lo había dicho hacer muchos años. No la creí entonces y tampoco la creo ahora. Tengo que encontrar la otra mitad del anillo y demostrar que está equivocada. Te daré lo que quieras, cuando quieras, si me ayudas.

–¿Incluso esto?

Jonah la tomó entre sus brazos, agarrándola con fuerza. Sus cuerpos encajaban a la perfección. La dureza de sus músculos rozaba la aterciopelada piel de Diandra; las sinuosas curvas de ella se fundían con las rectas de su cuerpo masculino.

Ella lo miró con ojos de deseo y Jonah supo que no necesitaba su permiso. La besó con pasión y ella gimió de placer. Entonces la llevó al sofá y la hizo inclinarse hacia atrás. Ella se recostó sobre los cojines. Como un halo de luz, su rubia melena le adornaba el rostro.

Jonah le quitó el fino suéter que llevaba puesto.

–Llevo mucho tiempo esperando esto –dijo él.

–Cinco años.

Al contemplar su desnudez, tuvo que reprimir una exclamación. Su piel tenía el fulgor de las perlas y los pechos le sobresalían con turgencia de aquel escotado sujetador. Pasó sus dedos por el borde de encaje y ella se estremeció al instante. Entonces, abrió la presilla delantera y dejó al descubierto sus encantos femeninos.

Jonah se desabrochó la camisa rápidamente y ella lo ayudó a quitársela. Entonces, le rodeó los senos con las manos y le mordisqueó un pezón con sutileza. Ella arqueó la espalda y volvió a gemir.

Él empezó a descender sobre su cuerpo, besando cada centímetro de su piel hasta llegar al borde de sus pantalones. Tras desabrochar el botón y bajar la cremallera con movimientos expertos, se los quitó de un tirón.

Diandra yacía desnuda antes sus ojos. Sólo llevaba una fina braguita de seda color melocotón.

–Aquí no –le dijo él–. No en nuestra primera vez.

Ella sintió la misma inquietud que había experimentado años atrás.

–¿Vas a volver a hacerlo? ¿Vas a parar de nuevo?

Jonah tardó unos segundos en asimilar aquellas palabras, pero cuando por fin comprendió le dio un beso en la frente.

–No, princesa. No voy a parar. Es sólo que prefiero un lugar más cómodo.

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio, que estaba al fondo de la casa. Tras tumbarla en la enorme cama, se quitó los pantalones y despojó a Diandra de la última prenda que cubría su desnudez.

Diandra tenía una figura perfecta, esbelta y sinuosa. Juntos se tumbaron en la cama y Jonah la colmó de besos. Una ráfaga de deseo prendió en llamas la piel de Diandra y los besos de Jonah siguieron el camino que llevaba hasta el corazón de su feminidad. Ella empezó a contonearse bajo su cuerpo masculino, así que Jonah la agarró de las caderas para sujetarla.

Él no habría querido ir tan deprisa, pero un deseo insaciable se había apoderado de los dos. Ella no estaba dispuesta a detenerse y Jonah no podía sino satisfacer sus demandas de pasión hasta terminar perdiéndose en el calor de su cuerpo de mujer y la suavidad de su piel.

Entonces Diandra separó las piernas con una clara invitación y él la hizo suya, dejándose llevar por un impulso superior a sus fuerzas. Diandra le suplicaba sin cesar y no pudo detenerse. Se abrió camino hacia el interior de su sexo ardiente y enseguida se vio envuelto por su calor.

Jonah decidió darle todo lo que ella deseaba, hacer que ese momento fuera el más especial de su vida. Le levantó las caderas y unió sus labios con los de ella.

Así, los dos cayeron por el precipicio del más puro éxtasis y se hundieron en un mar de placer. Ella sintió una tensión creciente y entonces experimentó la sacudida del clímax, perdiendo el control.

No dijeron ni palabra durante un rato. Jonah se volvió hacia ella y la acurrucó contra su pecho.

–Mañana hablaré con el rey Stefan a primera hora –dijo él.
Diandra se puso inquieta.
–¿De qué vas a hablarle?
–De nuestro matrimonio.

Capítulo Cinco

Diandra se incorporó de un salto y le miró con ojos incrédulos.

–No puedes estás hablando en serio –al darse cuenta de su desnudez, se cubrió con el edredón de seda.

–Estoy hablando muy en serio. Lo primero que haré mañana será ver al rey Stefan para pedirle tu mano.

–Y lo primero que yo voy a hacer mañana es ver al rey Stefan y decirle que no tengo la menor intención de casarme contigo –se levantó de la cama.

Él se levantó y fue tras ella.

–Sé que no has estado con nadie.

–¿Y eso que tiene que ver?

–Mucho. El honor dicta…

Diandra levantó una mano para hacerlo callar. No lo creía capaz de herirla más que cuando tenía dieciocho años, pero había encontrado la manera. Si no hubiera estado tan enojada, se hubiera echado a llorar.

Se puso erguida y lo miró con frialdad.

–Sé que debería agradecerte que quieras preservar mi honor, pero no voy a casarme contigo.

–¿Estás segura?

Ella le dio la espalda. ¿Por qué se empeñaba en abrir viejas heridas? Sólo tenía que decir dos palabras para conseguir que se casara con él; las mismas palabras que podría haber dicho cinco años antes. Sólo tenía que tomarla entre sus brazos y decirle que la amaba.

Pero esa palabra no formaba parte del vocabulario de Jonah. Honor, responsabilidad, obligación… Ésas sí las había aprendido bien.

En cuanto recuperó la calma se volvió hacia él.

–He cumplido mi parte del trato. Te he dado lo que querías. Ahora que has recibido el pago, espero que cumplas tu parte.

Él se tambaleó como si lo hubieran abofeteado.

–¿Por eso que te acostaste conmigo? ¿Para pagarme?

–No. Me acosté contigo porque quise. Pero eso no cambia el hecho de que teníamos un acuerdo. Y fuiste tú el que eligió la forma de pago. Tener sexo contigo…

–¿Sexo? –Jonah repitió sus palabras, haciéndola sonrojar–. Eso no fue sexo.

Diandra se ruborizó y trató de mantener la compostura.

–Sea lo que sea, cumplí con mi parte. De ahora en adelante, nuestra relación será estrictamente de negocios. Te agradecería que nos centráramos en eso.

Él le hizo una reverencia burlona.

–Como desee, Su Alteza. ¿Puedo vestirme antes de volver al trabajo?

–Creo que ambos debemos vestirnos –dijo y, haciendo acopio de todo el aplomo de que era capaz, recogió su ropa interior y salió corriendo de la habitación.

Después de ducharse y vestirse, se dirigieron al palacio del príncipe Brandt.

–Nos vamos a primera hora de la mañana –le dijo Jonah–. Voy a hacerle una visita al rey Stefan.

Ella se volvió hacia él.

–Creía que ya habíamos hablado de eso.

–Quiero examinar las joyas que te dejaron tus padres.

–¡Claro! Para buscar la otra mitad del anillo –dijo Diandra entusiasmada–. No se me había ocurrido. Si hubiera sabido que el anillo encajaba con otro, no me habría molestado en acudir a ti.

Jonah la miró fugazmente.

–Y no hubiéramos hecho el amor. ¿Te das cuenta?

Diandra se frotó las manos con nerviosismo y el anillo reflejó los destellos del sol.

–¿Te arrepientes? –vaciló antes de proseguir–. Hace cinco años…

–Eras una cría de dieciocho años, y no podía aprovecharme de ti. No podía.

¿Era ésa la razón? ¿Por qué no se lo había dicho en aquel momento?

–¿Y ahora? –preguntó.

–La mujer con la que hice el amor hace un rato ya no es una niña, y puede tomar sus propias decisiones.

Dos días más tarde estaban alojados en el palacio Montgomery. Tolken había hecho gestiones para ver las joyas.

Aparte de numerosas cajas forradas en terciopelo, había un catálogo con fotos y una descripción detallada de cada una de las piezas

Diandra avanzó hacia la mesa donde estaban las reliquias, sin atreverse a tocar nada. Jonah la observó fijamente.

–¿Cuándo fue la última vez que hiciste esto? –le preguntó él.

–Nunca.

–¿Por qué no miramos en las cajas, en vez de guiarnos por el catálogo? –le sugirió–. Así podrás ver las piezas.

Ella dejó escapar un suspiro.

–Eso nos llevará todo el día.

–Nos llevará el tiempo que sea necesario.

Se pusieron manos a la obra y examinaron las piezas con sumo cuidado. Ninguno de ellos había visto nunca joyas tan exquisitas. Había brazaletes, anillos, collares, pendientes, tiaras… Una de las joyas hizo aflorar las lágrimas de la joven.

Se trataba de un medallón con una foto de la pequeña Diandra al poco de nacer. En su interior había un mechón de pelo de cuando era una niña.

Al cabo de dos días encontraron un conjunto de anillos que estaban catalogados como el juego de alianzas de su madre.

–Creo que es esto –exclamó ella.

Abrió la caja con manos temblorosas y se dejó caer en la silla.

–No… no lo entiendo.

–¿Qué pasa, cariño?

Ella le entregó la caja. Dentro había un anillo de diamantes y amatistas. Junto a la sortija había otro diamante enorme.

Diandra no podía apartar la vista de aquella gema.

–¿Diandra?

–¿Por qué? ¿Por qué tendría mi madre dos juegos de alianzas? No tiene sentido. A menos que…

¿A menos que qué?

Diandra miró el anillo que llevaba puesto.
–A menos que éste no sea el anillo de mi madre.

Capítulo Seis

–No lo entiendo –repitió Diandra y se apartó de la mesa–. No tiene sentido a menos que éste no sea el anillo de mi madre. El rey Stefan nunca me dijo nada al respecto. Es una suposición mía.

Jonah se tomó su tiempo para examinar las alianzas que Diandra le había dado. Él conocía la respuesta a su pregunta, pero no sabía hasta dónde podía contarle.

Buscó las alianzas en el catálogo. Junto a la descripción había una foto de los padres de Diandra el día de su boda. La madre llevaba puestos los anillos que acababan de descubrir.

Jonah le enseñó la foto a Diandra.

–Lo siento. Está claro que el anillo que llevas no era la alianza de tu madre. Pero eso no significa que tus padres no se quisieran, a pesar de lo que dice la institutriz. Hay que tener en cuenta que la mueve un interés puramente económico. Quiere sacar una buena tajada con su biografía sensacionalista. Decir que tus padres tenían una relación tumultuosa es mucho más rentable que hablar de una simple aventura.

Diandra lo miró con tanta confianza en él que estuvo a punto de hacerlo flaquear. Aquellos ojos verdes resplandecían con destellos de oro, y cambiaban de color con cada emoción. Miedo, esperanza, ruego… Era como si ella supiera que él podía darle la información que necesitaba.

–A lo mejor mi padre le dio uno de los juegos cuando se casaron y el otro cuando se enamoraron. O quizá le diera el segundo cuando yo nací.

Jonah le apartó el pelo de la cara, y no pudo evitar seguir la suave línea de su mejilla.

–Hay otra posibilidad.

Diandra lo miró con esperanza.

–¿Qué? –le puso una mano en el brazo–. Dime.

Las palabras salieron de su boca sin control.

–Veo a un hombre que le regaló un anillo a su prometida; un

anillo digno de una princesa. Diamantes y amatistas. Era un anillo que simbolizaba su relación en ese momento; una relación puramente contractual –se inclinó hacia la mesa–. Un anillo como el que hay en esa caja.

Todavía sin entender, Diandra miró el juego de alianzas oficial.

–Sigue.

La voz de Jonah se hizo profunda y grave.

–Y lo veo dándose cuenta de que estaba profundamente enamorado de esa mujer. Un día se levantó y descubrió que lo que había empezado como una alianza política se había convertido en algo mucho más importante. Él quería demostrarle lo que sentía en realidad. ¿Pero cómo podría hacerlo? ¿Bastaba con decir las palabras sin más? ¿Y qué pasaría si no se le daban bien las palabras? A lo mejor le pareció más fácil demostrárselo, y por eso le regaló *El Abrazo de los Amantes*, dos anillos en uno que simbolizaban su unión en matrimonio. Ese anillo demostraría todo lo que él no se atrevía a decir.

Conmovida, Diandra se quedó mirándolo.

–¿Realmente crees que podría ser así? –se acercó a él.

Jonah cerró los ojos.

–Como te he dicho, es una posibilidad. Y es tan buena como cualquier otra –no pudo aguantar más y puso las manos sobre las mejillas de ella–. Diandra…

Ella se puso de puntillas y le dio un beso. Todo empezó con un ligero roce de labios que mostraba agradecimiento, pero en cuanto sus bocas se unieron saltó la chispa de la pasión.

¿Cómo era posible? Él había dejado atrás lo que sentía por ella y había construido una coraza de hierro para su corazón. Y sin embargo, habían bastado unos días en su compañía para derretir la capa de hielo y hacerlo volver a la vida. Ella era su media naranja, aunque no quisiera reconocerlo, y no estaba dispuesto a dejarla escapar de nuevo.

Diandra volvió a sucumbir a sus sentimientos. Aquel hombre era su debilidad, pero no podía decírselo. Había tomado esa decisión cinco años antes y no iba a cambiar de opinión. Sólo se casaría por amor, y él no la amaba. Nunca lo había hecho.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se apartó de él.

–No… no deberíamos. Ya no. Ya hemos estado juntos.

Los labios de Jonah dibujaron una sonrisa.

–¿Y qué nos detiene?

–Ya hemos pasado por esto. Sabes que no aceptaré una relación que no esté basada en el amor.

–Exceptuando la noche que pasamos juntos.

–Exceptuando ésa. Pero no tengo intención de permitir que vuelva a ocurrir.

–A menos que esté dispuesto a declararte mi amor incondicional. ¿No?

–Sí –Diandra levantó una ceja y le habló en un tono ligero.

–¿Y tú estás dispuesta? –le preguntó con una expresión impenetrable–. ¿Me creerías si lo hiciera?

Ella sacudió la cabeza.

–De ninguna manera.

–Me parece que hemos llegado a un punto muerto, princesa.

–Me parece que sí –se volvió hacia la mesa sobre la que descansaban las cajas llenas de joyas–. Es tarde. Tengo que prepararme para el baile de cumpleaños del rey Stefan.

–Yo haré que se lleven las joyas a la cámara acorazada.

–Gracias. Oh, espera –separó la caja que contenía el medallón con su fotografía–. Me gustaría llevarlo esta noche –lo miró por encima del hombro–. ¿Vas a ir?

–No me lo perdería por nada del mundo –Jonah fue hacia la puerta y entonces se detuvo–. Concédeme un baile. Hay algo que quiero decirte.

Diandra tardó un buen rato en terminar con los saludos y presentaciones. Había visto a Jonah al comienzo del baile y él la había saludado con la cortesía que dictaba el protocolo formal, pero no le había adelantado nada de aquella confesión misteriosa. Diandra se moría de curiosidad.

Su ojos se habían posado en el anillo durante un instante y entonces había fruncido el ceño. Diandra tardó un rato en darse cuenta del motivo: llevaba el anillo en la mano izquierda.

Cuando terminaron con los formalismos, Jonah se le acercó y la

tomó de la mano, acariciando el anillo.

–Esto podría ser un error.

–¿Por qué? Quizá alguien lo reconozca y me diga algo más sobre él.

–El anillo no es el problema. Se trata de dónde lo llevas.

Antes de que pudiera contestar, Lander, el primogénito del rey Stefan, subió al estrado para hacer un brindis por su padre. Su discurso hizo aflorar lágrimas de emoción y alegría entre el público, pero cuando se disponía a bajar de la plataforma alguien se le acercó y le susurró algo al oído. Con una sonrisa de oreja a oreja, Lander volvió a acercarse el micrófono.

–Hay una cosa más que celebrar. Me acaban de informar de que mi prima Diandra lleva el anillo de compromiso de Jonah Tolken –levantó la copa–. Un brindis por los novios.

Capítulo Siete

Jonah masculló un juramento. Si hubiera podido ponerle las manos encima el príncipe Lander… No sabía quién le había dicho que Diandra y él estaban comprometidos, pero eso sin duda ocasionaría un mar de problemas.

Su supuesta prometida lo agarró del brazo.

–Tenemos que hacer algo –le dijo ella con disimulo–. Tenemos que explicarlo.

–¿Yo, o nosotros? –Jonah se puso tenso–. Supongo que tendré que ser yo de nuevo.

–¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con eso?

Jonah arremetió sin piedad.

–¿Quién crees que anunció la ruptura de nuestro compromiso hace cinco años? Te fuiste justo antes del baile. Alguien tenía que informar a los invitados de que se había roto el compromiso.

–Yo creía que Lander o Merrick… ¿Lo hiciste tú?

–Era mi responsabilidad.

–Oh, Jonah –dijo Diandra.

Su voz denotaba sinceridad y arrepentimiento, pero era demasiado tarde para eso.

–Lo siento mucho.

Jonah la llevó a un rincón del salón de baile. Tocarla le hacía sentir una llama de deseo, pero aquel impulso irrefrenable luchaba contra el doloroso eco del pasado. Se sentía atraído hacia ella sin remedio. Tenía que hacerla suya de todas las maneras posibles hasta el fin de sus días.

Pero las cosas ya habían salido mal en una ocasión y él no podía sino reconocer su parte de culpa.

Nunca tendría que hacerla abocado a un compromiso tan precipitado. Tendría que haberle dado tiempo para madurar, pero una mirada había bastado para hacerle perder la cordura. Había ido a ver al rey Stefan sin pensárselo dos veces para pedirle la mano de aquella joven de dieciocho años. Entonces no eran más que unos

críos, pero él había insistido en hacer público el compromiso tan pronto como fuera posible.

El rey había intentado disuadirlo, aconsejándole esperar algunos años, pero él tenía miedo de que ella se enamorara de otro. Y así, como un loco, se había lanzado a cortejarla.

Pero eso ya formaba parte del pasado, y no volvería a cometer esos errores. Esa vez le daría todo el tiempo que necesitara.

Esa vez tenía que hacerlo bien.

–Tómatelo con calma, princesa. Yo me ocuparé de todo.

–¿Cómo te vas a ocupar?

–Les explicaré que se trata de un error. Les diré que el anillo pertenecía a tu madre y que lo llevas puesto por motivos sentimentales, en homenaje a tus padres en un día tan especial –le levantó la mano donde llevaba el anillo y las piedras mostraron todo su fulgor–. Después de todo, es la verdad, ¿no?

–¿Lo es? –la voz de Diandra delataba su desesperación–. Ya no sé qué creer, no después de haber encontrado las alianzas originales de mi madre. Quiero creer que tenía dos juegos, uno formal y éste, o por lo menos medio juego –tocó el anillo incompleto–. El abrazo de mi padre como símbolo de su amor. Sólo deseo encontrar la otra mitad del anillo para poder leer la inscripción y saberlo con certeza.

–Escúchame, Diandra. Sabes que el juego de anillos que encontramos es de cuando se casaron. Las fotos lo demuestran. Si recibió *El Abrazo de los Amantes* más tarde, sólo puede ser por una razón.

Diandra lo miró con una sonrisa radiante.

–Porque se enamoraron.

Jonah asintió.

–Eso es. Puede que nunca encuentres la otra mitad del anillo. Puede que nunca llegues a saber la verdad. ¿Recuerdas la inscripción? «Un compromiso duradero… que se convirtió en amor verdadero». Seguro que termina así. Sabemos que el diamante rosa y las amatistas simbolizan un compromiso de por vida. Un compromiso matrimonial. Apuesto lo que sea a que el otro anillo tiene una amatista real de Verdonia.

–Que simbolizan dos almas gemelas.

–Eso es. Y probablemente tendrá otro diamante rosa. Almas gemelas para siempre.

Diandra lo miraba embelesada, como si le estuviera ofreciendo la luna.

–Ellos se enamoraron, ¿verdad? –dijo la joven en voz baja–. Aunque todo empezara como una alianza política, terminó en amor verdadero –cerró los ojos para contener las lágrimas–. Henny está equivocada. Su libro es una mentira.

Jonah le dio la razón.

–Sí. Es una calumnia ideada para vender.

Diandra se humedeció los labios.

–Encontraron el amor a pesar de… –se le iluminó la mirada–. A pesar del matrimonio concertado.

–Sí.

Ella se inclinó hacia él y su dulce aroma le hizo perder la razón.

–Si las cosas hubieran sido distintas, ¿crees que hubiéramos podido…?

No pudo terminar la frase porque el príncipe Lander se acercó y, tras darle una palmada en el hombro a Jonah, abrazó a Diandra con entusiasmo.

–Enhorabuena a los dos. No sabéis cuánto me alegro de que estéis juntos de nuevo.

Jonah dio un paso atrás y se preparó para lo que estaba por venir.

–No lo han informado bien, Su Alteza. Diandra y yo no estamos comprometidos –hizo una reverencia ante los dos primos–. Si me disculpan, tengo que aclarar las cosas antes de que la noticia se extienda.

–Vaya –dijo Lander–. ¿Qué ha pasado esta vez? –rodeó a Diandra con el brazo–. ¿Es que habéis vuelto a pelearos?

Diandra sacudió la cabeza, y trató de calmarse lo suficiente para hablar.

–Es culpa mía. Yo debería ser la que aclarara las cosas, y no Jonah. No después de lo que debió de pasar la otra vez.

–Fue una noche my difícil. Jonah siempre ha sido muy reservado, incluso con Merrick, que es su mejor amigo. Pero la noche que te fuiste, no pudo ocultar su dolor. Estaba destrozado.

Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla de Diandra.

–No podía quedarme. No podía casarme con él. No sin amor.

Lander se puso tenso.

–¿De qué estás hablando?

–Mi institutriz vino a verme esa noche para darme la enhorabuena por el compromiso y futuro matrimonio. ¿Te acuerdas de Henny? Me habló de mis padres y de lo difícil que había sido la relación que les habían impuesto. Me dijo que estaban a punto de divorciarse cuanto tuvieron el accidente. Henny no entendía cómo podía seguir adelante con ese compromiso, sabiendo que a mis padres no les había ido muy bien.

–Eso es una mentira. Tus padres se querían. Tanto como te ama Jonah.

El corazón de Diandra empezó a latir con fuerza.

–¿Cómo lo sabes?

–Por el anillo. ¿Por qué si no?

Ella lo miró confundida.

–¿Qué anillo? ¿Te refieres al anillo de mi madre?

Lander la miró como si estuviera loca.

–Ése no es el anillo de tu madre. Es parte del juego que Jonah iba a darte la noche del baile.

Capítulo Ocho

Diandra lo miró con ojos de incredulidad.

–Este anillo… –le mostró la sortija–. ¿Es éste el anillo que Jonah iba a darme la noche en que íbamos a anunciar nuestro compromiso? ¿Estás seguro?

–Muy seguro. Casi lo diseñó él mismo.

–No. Eso no es posible.

–Prima, Albert estuvo al borde de una crisis nerviosa con tanto cambio. Tenía que ser perfecto. Las mejores piedras. La inscripción adecuada. Este diseño en concreto…

–Pero fuimos a ver a Albert. Él nos dijo que… –trató de recordar las palabras del joyero–. Dijo que no era un diseño suyo.

–Y no lo fue. Es un diseño de Jonah.

–Pero Merrick me dijo que no reconocía el anillo…

–¿Ah, sí?

Diandra recordó aquella conversación y cayó en la cuenta de que su primo nunca había dicho ni una cosa ni la otra.

–No. No me lo dijo –confesó sorprendida–. Yo supuse que el anillo pertenecía a mi madre, y Merrick no se molestó en sacarme del error.

Lander esbozó una enorme sonrisa.

–Déjame adivinar. Seguro que te convenció de que era de tu madre –sacudió la cabeza–. Ése es mi hermano pequeño. Y por eso está al mando de la guardia real. Sabe hacer su trabajo.

Diandra volvió a sacudir la cabeza.

–Él me sugirió que indagara sobre el origen del anillo, y me recomendó a la persona adecuada para descubrir su procedencia.

–Jonah.

–Me dijo algo más… Me dijo que el rey Stefan decía que este anillo haría realidad los deseos de su dueño.

–¿Y no ha sido así?

–Sí –Diandra se quedó sin aliento–. A no ser que Jonah consiga subir al estrado y rompa el compromiso que acabas de anunciar.

Tengo que irme.

Diandra se abrió camino entre la multitud, decidida a detener a Jonah. Él se dirigía al estrado a toda prisa y había demasiada distancia entre ellos. De pronto se topó con el rey Stefan.

–¿Qué te pasa? –le preguntó su tío.

–El estrado. Tengo que llegar antes que Jonah.

–¿Antes de que Jonah rompa vuestro compromiso de nuevo?

Ella asintió.

–Por favor, Su Majestad.

Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

–Para ti soy el tío Stefan. El rey Stefan para todos los demás. Ser rey me permite hacer esto…

Entonces se dio la vuelta y, sujetando el brazo de Diandra, empezó a avanzar con paso firme. La multitud se dividió ante el monarca y alcanzaron el estrado al mismo tiempo que Jonah.

–Tolken, creo que he encontrado lo que habías perdido.

–Su Majestad –Jonah se inclinó ante el rey–. Estaba a punto de hacer un anuncio.

–Pero yo tengo anunciar algo antes –dijo Diandra y le arrebató el micrófono.

Entonces se hizo el silencio y Diandra trató de sonreír.

–Me gustaría añadir algo al anuncio de Lander. Jonah y yo no estamos comprometidos –sus palabras produjeron un gran revuelo entre la multitud–. Todavía.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Jonah en voz baja.

Diandra se volvió hacia él sin soltar el micrófono.

–¿Lo veis? No soy su prometida porque no me lo ha pedido todavía. Por lo menos… no últimamente –todos se echaron a reír–. Y no puedo aceptar, suponiendo que me lo pida, hasta que me dé la otra mitad de este anillo.

Diandra extendió la mano. El diamante rosa y las amatistas reflejaron la luz de la sala, emitiendo miles de destellos multicolores.

–Tienes la otra mitad. ¿Verdad, Jonah?

Sin mediar palabra, él se sacó una cajita de un bolsillo.

–Creo que estás buscando esto.

Entonces abrió el estuche y dejó al descubierto la otra mitad de *El Abrazo de los Amantes*. Era tal y como él lo había descrito, con un

diamante rosa y dos amatistas reales de Verdonia.

Jonah tomó su mano y le puso el otro anillo, que encajó a la perfección con el que ya llevaba puesto. El anillo se cerró con un chasquido y los dos diamantes rosas se fundieron en un haz de destellos brillantes.

–Un compromiso duradero… –empezó a decir Diandra.

–Que se convirtió en amor verdadero –dijo Jonah, terminando la frase–. Diamantes rosa para un amor hasta el fin de nuestros días. Las amatistas Celestia simbolizan una relación que empezó como un compromiso de conveniencia. Y, finalmente, las amatistas reales de Verdonia representan el amor que surgió de él, un amor entre almas gemelas.

Diandra lo miró ilusionada.

–¿Es eso lo que sientes en realidad?

–Siempre te he amado, Diandra. Este anillo es mi forma de decirlo. Te quiero. Ayer, hoy, mañana, y para el resto de nuestras vidas. Tú eres mi otra mitad.

Entonces la tomó entre sus brazos y le dio un beso que supo distinto a todos los que le había dado antes. Quizá fuera porque esa vez ella sabía que era un beso de amor.

La multitud se deshizo en ovaciones y aplausos.

–¿Te he dicho lo hermosa que estás hoy?

Diandra miró a su esposo por encima del hombro.

–Sólo una docena de veces. Y no es que no me guste.

Con sumo cuidado, Jonah pasó el filo de un cuchillo por las costuras de su vestido de novia. En Verdonia se acostumbraba a coser el traje sobre la novia, y era el esposo quien tenía que liberarla.

El traje se deslizó por los hombros de Diandra, dejándola desnuda ante los ojos de Jonah. El medallón que llevaba puesto brillaba bajo la tenue luz. Ella se llevó las manos al pecho y tocó las piedras que lo decoraban.

–Ojalá… –se detuvo y sacudió la cabeza–. No importa.

–Dime, princesa. ¿Qué es lo que deseas? Si está en mi poder, te lo daré.

–Ojalá tuviera la certeza de que mis padres se amaban. Merrick

y Lander dicen que sí. Y también el rey Stefan.

–Te preocupa el libro de Henny, ¿verdad? –la hizo volverse hacia él–. Sí que se amaban. Tienes que creerlo.

–Pero nunca lo sabré, ¿verdad?

–Probablemente no –agarró el medallón con ambas manos–. ¿Sabes? Nunca me había fijado en esto.

–¿En qué?

Sin decir ni palabra, le quitó el medallón, encendió la lámpara y lo examinó atentamente.

–Ven a ver esto, cariño.

Ella se acercó y contempló el medallón por encima del hombro de Jonah.

–Son amatistas. Celestia y amatistas reales.

–¿Y qué?

–Mira la combinación.

Diandra se dio cuenta rápidamente. En el centro había un conjunto de amatistas Celestia formando un corazón al que rodeaban flamantes amatistas reales.

–Lo que empezó como un compromiso… –susurró ella–. Se convirtió en amor verdadero.

–Yo pienso lo mismo. Tu padre le dio este medallón a tu madre cuanto naciste. Tú fuiste la mayor prueba de su amor.

Ella inclinó la cabeza.

–Oh, Jonah.

–El círculo se cerró. Para ellos… y para nosotros.

Y al caer la noche, los amantes recorrieron el camino que antes habían andado los padres de Diandra. Eran almas gemelas que el destino había unido… almas libres gracias al amor.